

crificios por los pecados; el cual puede tener compasion de los ignorantes y errados, como él mismo está rodeado de debilidad; y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados,

REFLEXIONES.

Qui condolere possit iis, qui ignorant et errant; quoniam et ipse circumdatus est infirmitate. De suerte, que sea capaz de compadecerse de los que se descaminan, ó por malicia, ó por ignorancia, puesto que tambien él mismo está rodeado de miseria y de flaqueza. ¡Qué instruccion tan llena de prudencial; qué colmada de consuelo! ¡cómo resplandece en ella el espíritu de Jesucristo! Si los pontífices y ministros del Señor establecidos en su Iglesia para reconciliar los pecadores, fueran algunos ángeles ó inteligencias superiores exentas de nuestras flaquezas; si fueran algunos hombres de diferente masa, privilegiados y libres de nuestras miserias, ninguna consideracion moderaria su indignacion, ni templaria su zelo á vista de tantos pecados. Como hijos del trueno pedirian al cielo rayos que redujesen á cenizas los pecadores; ¿pero causaria mucha alegría al mismo cielo esta severidad? ¿convertiria muchos pecadores? ¿abriria el camino á la piedad para que triunfase la misericordia? *Vivo yo*, dice el Señor, *que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta, que se enmiende, y que viva.* (*Ezech 33.*) Id, y aprended lo que significa: *Quiero la misericordia, y no el sacrificio;* y lo otro (*Matth. 9.*): *No vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.* Eran, pues, menester unos ministros de paz y de reconciliacion, llenos de compasion y de blandura. La inmoderada, la desmedida severidad irrita, alborota y desespera. Elijió el Hijo de Dios á S. Pedro por cabeza de su Iglesia; ¿pero cuando? despues que en la triste esperiencia de su propia flaqueza aprendió á compadecerse de las ajenas. *En volviendo sobre tí confirma á tus hermanos.* (*Luc. 22.*) Para convertir á los pecadores es menester una suavidad prudente, una compasion tierna; es preciso acordarse el que los quiere convertir de que tambien es pecador. El zelo áspero, duro y amargo nunca fué del gusto, ni conforme al espíritu de Jesucristo. Ese es el mas sazonado fruto de la herejia. Todos los herejes han gritado siempre, y están continuamente gritando contra la demasiada indulgencia de la Iglesia católica; la dureza y la amargura siempre

son efecto del mal espíritu; el de Jesucristo, el zelo verdaderamente cristiano, escita en el alma un grande horror al pecado, y una amorosa compasion del pecador; pero el de mal espíritu confunde al pecador con el pecado: *El que de vosotros estuviere sin pecado, dice el Salvador, arroje la primera piedra contra esta pobre adúltera.* Al zelo amargo no le anima la gloria de Dios, ánimale la pasion; ánimale el orgullo; este es el verdadero móvil del zelo impetuoso; este es el origen de todo este torrente de amargura. Reservemos la dureza y la severidad para nosotros mismos, y el zelo será siempre puro y loable; pero acompañe siempre á nuestro zelo por el prójimo una suavidad prudente y discreta. Ninguna cosa descubre mas el espíritu de Dios que esta cristiana dulzura: *Aprended de mí*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazón.* Es cierto que una blandura escensiva, cobarde y demasiado indulgente suele ser principio de una perniciosísima relajacion; pero un rigor inmoderado y descomedido, ¿será por ventura menos perjudicial?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: *Todavía está con vosotros la luz por poco tiempo. Caminad mientras teneis luz, para que no os sorprendan las tinieblas: y el que camina* en las tinieblas, no sabe adonde va. Mientras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas habló Jesus, y se escondió de ellos.

MEDITACION.

De la pérdida del tiempo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que en esta vida no hay pérdida mas irreparable ni de mayores consecuencias que la pérdida del tiempo. ¿Perdiste una hora, perdiste un dia? no admite reparo; para siempre le perdiste. Las demás pérdidas pueden repararse. Si se perdió la salud se puede recobrar; un robo, un incendio, un naufragio no son pérdidas sin remedio; los negocios mas desbaratados dejan siempre algun resquicio á la esperanza. La pérdida de una batalla, la de un pleito, la de toda la hacienda, la de la misma honra no es pérdida sin recurso. El mundo tiene altos y bajos; la que se llama fortuna vuelve á levantar á los mismos que precipitó; y en fin, cuando falten los medios naturales, hay recurso á la esperanza de los milagros; puede Dios

hacer lo que no pueden los hombres. Solo en la pérdida del tiempo está enteramente cerrada la puerta á todo recurso y remedio. No puede Dios hacer que el dia de ayer no se haya pasado, ni que tantos bellos años empleados en diversiones y en pasatiempos no se hayan perdido. Puede alargarte la vida todo un mes, puede dilatártela todo lo que fuere de su agrado; pero no puede hacer que tornen los dias que se perdieron. Podrás tú emplear mejor los que te restan de vida; pero no podrás reparar los que perdiste. Comprende bien, si puedes, la grandeza, la enormidad y las consecuencias de esta pérdida.

Con esos dias mal empleados ¡cuantas gracias se perderian que acaso estaban destinadas, preparadas y determinadas á ellos! Quizá dependerian de esos dias malogrados la gracia de nuestra conversion, la de la vocacion, la de la perseverancia. El sol estaba entonces en el Cenit; ahora va declinando hácia el Ocaso. Si nos restaba mucho camino que andar, todavía teníamos mucho dia; ahora va ya bajando el sol, y aun nos falta mucha jornada; aun esa corta luz que nos alumbra, con la cual apenas se divisa el terreno que pisamos, está para apagarse. Apenas hay ya tiempo para ponernos en camino; hemos dormido mucho, levantámonos muy tarde. Acércase la noche, y no es ocasión de acudir á la tienda para hacer provision de aceite; quizá vendrá el esposo mientras vamos á comprarle. Aquellos bellos dias de una florida juventud; aquellos brillantes años de una edad robusta y vigorosa; aquella noble sazón de la vida que lastimosamente se malogró en una blanda y delicada ociosidad; todo ese tiempo tan precioso únicamente se nos concedió para hacer nuestra jornada. Detuviéronnos en el camino las diversiones, los placeres, los regalos y las perniciosas compañías. Al dar vuelta el giro de la edad, cuando ya se acercan las sombras de la noche, al tiempo que los dias son mas breves, y esos cortados con los achaques y las enfermedades, entonces se conoce que nos hemos detenido demasiado en el camino, casi cuando era ya tiempo de descansar dichosamente en el término. Hombres del mundo, mujeres del siglo, jóvenes aturdidos, que perdéis miserablemente los mas hermosos dias de vuestra vida, aplicaos á vosotros mismos estas alegorias, comprended y medidad bien este metafórico discurso.

PUNTO SEGUNDO.—Considera qué grave es una pérdida de la mayor importancia, cuando es irreparable. Pues tal es la pérdida del tiempo. Con todo eso, esta gran pérdida se hace, no solo sin dolor, sino con el mayor gusto; divirtiéndose, riéndose; ¿qué

digo? se tendria por desgracia el no hacerlo. ¿Pero son cristianos los que proceden de esta manera? ¿son racionales? ¿no padecen algun rápto de locura? por lo menos ¿hay frenesí mas lastimoso? ¿hay otro que sea seguido de mas cruel, pero mas inútil arrepentimiento?

Todo el tiempo que se pasó en el juego, en vanos entretenimientos, en peligrosas diversiones, en espectáculos profanos, cuando no los honestó por lo menos un motivo justo y racional, es tiempo lastimosamente perdido. Todo este tiempo que se gastó en componerse, en adornarse, en refinar sobre la misma profanidad, en seguir escrupulosamente una moda, hija de la vanidad ó del capricho, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se empleó en la demasiada delicadeza, en excesivo melindre, en el esquisito regalo, en la ociosidad y en la holgazaneria, es tiempo perdido. Todo el tiempo que se ocupó en negocios, en pretensiones que no tuvieron otro móvil que el de la ambicion y la codicia, es tiempo perdido. Todo el tiempo malogrado y consumido en inutilidades especiosas, en fruslerias, en bagatelas, en unonadas que parecen algo, todo ese tiempo es tiempo perdido; todo será estrechamente reivindicado por aquel soberano Señor, que solamente nos le concedió para que negociásemos con él en orden á la vida eterna. ¡O Dios, qué pérdida! ¡y qué cuenta tan estrecha! ¡O Dios, y qué eterno llanto!

Piérdese este precioso tiempo, y se pierde sin dolor; antes bien no pocas veces el único dolor que se tiene es porque no se sabe en qué se ha de perder. La gente noble, esas personas tan distinguidas por sus cuantiosas rentas, por su nacimiento, por su clase, por sus empleos, por su dignidad; esas son las que por lo comun emplean peor el tiempo. Pero en la última enfermedad; esto es, cuando el tiempo va á espirar, cuando se asoma la eternidad, cuando apenas hay ya tiempo, entonces se acude á los ministros del Señor, se recurre á los espedientes. En breves instantes, y esos poco libres, poco despejados, en los cuales apenas se sabe lo que se hace, se quiere hacer aquel grande, aquel negocio espinoso para el cual nos concedió Dios toda la vida. Valga la verdad; ¿y habrá mucho que confiar en todas aquellas devociones forzadas, que parecen ya tan fuera de sazón, en todos aquellos exteriores arrepentimientos, en todas aquellas reflexiones que han tardado tanto en llegar? Todas pueden ser eficaces y sinceras; no lo niego: algunas lo serán tambien, igualmente lo confieso; ¿pero cuantas lo serán? Concediésonos toda la vida para trabajar en el negocio de nuestra salvacion; no hay edad, no hay tiempo, no hay condicion, no hay empleo que nos dis-

pense de esta obligación; este es el único negocio grande de toda nuestra vida. ¿Qué dirán, qué pensarán de esta verdad en aquella postrera hora todos aquellos que al presente no piensan en ella?

Mi Dios, conozco que es irreparable la pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia me concedéis todavía algunos días de vida, resuelto estoy con vuestra divina gracia á no malograr ni un solo instante de tiempo.

JACULATORIAS.—Pues tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat. 6.*)

Deseó mi alma guardar tus santos mandamientos por todos los días de mi vida. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y la pérdida del tiempo es irreparable. ¿Se podrá convenir en estas tres proposiciones, y se podrá perder el tiempo? Con todo eso, no hay cosa mas cierta que ese tiempo se pierde cada día; y la rapidez con que vuela no es bastante á corregir el ansia que tenemos de verle volar. Ponte hoy á contar tus años, ajusta el número de tus días, y dime ¿cuántos has perdido, cuántos has dejado perder? Esta pérdida es de consecuencia; porque al fin contados están todos los días de nuestra vida, y no hay siquiera uno de que no se nos haya de pedir estrecha cuenta. La pérdida es irreparable; porque, ¿cómo se repararán quince ó veinte mil días perdidos y malogrados? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y al buen uso de los que te restan. No pierdas un solo instante, y pon en práctica los consejos siguientes.

2 Todos los días por la mañana y por la noche, y en el sacrificio de la misa, pide perdón á Dios con vivo y sincero dolor del tiempo que has perdido. No tomes descanso, diversion ni recreo alguno que no procures santificar por algun motivo, no solo honesto, sino santo, esforzándote á santificarle tambien aun en el mismo ejercicio. Determina algun número de actos de amor de Dios que hayas de hacer durante el tiempo del recreo, y aun en la misma comida. Cada semana dedica una ó media hora á la oracion, ó á algunas otras buenas obras de aquel mismo tiempo que tienes destinado para descansar, ó para recrearte. Escoge un día cada año, que has de emplear todo entero, *en redimir el tiempo*, como se esplica el Apóstol, esto es, en oracion, en penitencia, en buenas obras, haciendo limosnas mas cuantiosas, y no perdien-

do ni un solo instante de aquel dia. El mas á propósito para este importante ejercicio es el dia en que cumples años. No dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que has perdido, porque es falta muy sustancial.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

SAN RESTITUTO, mártir, en Roma, en la via Aurelia.

EL MARTIRIO DE SAN CONÓN, Y DE UN HIJO SUYO DE EDAD DE DOCE AÑOS, en Iconio, ciudad de la Isauria, los cuales en tiempo del emperador Aureliano sufrieron con valor admirable el ser estendidos en unas parrillas puestas encima de las brasas, y rociados con aceite; despues pasaron por los tormentos del potro y del fuego; últimamente les machacaron las manos con un mazo de madera, y en este suplicio entregaron sus almas al Criador (por los años del Señor 275.)

LOS SANTOS SISINIO, MARTIRIO Y ALEJANDRO, en el mismo dia, los cuales en tiempo del emperador Honorio, segun escribe Paulino en la vida de S. Ambrosio, fueron martirizados en la persecucion de los gentiles junto al valle de Hungria.

LAS SANTAS MÁRTIRES TEODOSIA, madre de S. Procopio mártir, Y OTRAS DOCE NOBLES MATRONAS, en Cesarea de Filipo, las cuales fueron degolladas en la persecucion de Diocleciano. (La vida de Sta. Teodosia se halla con la de su hijo S. Procopio en el dia 8 de julio.)

EL MARTIRIO DE MIL QUINIENTOS VEINTE Y CINCO MÁRTIRES, en la Umbria.

SAN MAXIMINO, obispo y confesor, en Tréveris, el cual recibió y hospedó honrosamente en su casa á S. Atanasio cuando andaba huyendo de la persecucion de los arrianos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MÁXIMO, obispo, en Verona. (Floreció en el siglo IV y fué esclarecido en santidad.)

SAN ELEUTERIO, confesor, en Arcanó en el Lacio. (Era de nacion inglés y hermano de los santos Grimaldo y Fulco, en cuya compañía se trasladó á Italia.)

SAN MAXIMINO, OBISPO DE TRÉVERIS.

SAN Maximino, uno de los mas insignes ornamentos de la Iglesia galicana, celeberrimo en el siglo IV de nuestra era por su zelo apostólico en defensa de la fe católica contra los herejes arrianos, y por la multitud de milagros, que por su intercesion obró el Omnipotente, nació en el territorio de Poitiers, en la Aquitania; y fué educado desde su infancia en la religion de Jesucristo, con uno de sus hermanos llamado Maxencio, que se



S. MAXIMINO, O.